

Artesanía literaria

Jairo Restrepo Galeano

Docente

Departamento de Humanidades y Letras

Universidad Central

Escribí relatos de aventuras, novelas de crímenes, comedias satíricas, cuentos que me habían referido antiguos esclavos y veteranos de la Guerra Civil. Al principio fue muy divertido. Dejé de serlo cuando averigüé la diferencia entre escribir bien y mal; y luego hice otro descubrimiento más alarmante todavía: la diferencia entre escribir bien y el arte verdadero; es sutil, pero brutal. ¡Y, después de aquello cayó el látigo!

Truman Capote, *Música para Camaleones*, prefacio.

He comprendido cada vez mejor lo que quería hacer poniéndome a escribir. El escribir tiene esta importancia: torna claras las ideas, las ordena en palabras, en proposiciones; mientras no están escritas, formuladas, no son ni siquiera propiamente pensadas.

Umberto Morra, *Del arte a la vida: coloquios con Bernard Berenson*.

Para el escritor la invención, representación, simbolización, reelaboración o recreación de la realidad es la práctica de un oficio, su quehacer, su compromiso con la vida, pues todo cuanto escribe surge de su experiencia; así, trabaja un texto para expresar sus sentimientos, para dar a comprender su visión de las cosas, para mostrar lo que siente y piensa; trabajar sobre esta realidad esencial, este oficio, no necesariamente implica hablar o teorizar sobre complejos métodos que a la larga sólo logran entorpecer su labor de creación; no hay ni habrá un aprendizaje sistemático, ni reglas o

modelos metodológicos que indiquen cómo aprender a escribir. De modo que lo que me propongo en estas líneas no es elaborar un tratado metodológico riguroso sino un modo de proceder en la escritura, tan particular como el uso que hago de los alimentos y formas de vestirme según las situaciones. Me parece que es mucho mejor la información de un creador activo, acerca de cómo procede en su trabajo, que una decena de “codificaciones de procedimientos” hechos por personas especializadas, que a lo mejor no han realizado ningún trabajo de importancia; en últimas, lo que aquí busco es que, a partir de estas palabras, quienes aún no se hayan iniciado y quieren iniciarse en la literatura, construyan su propio modo de proceder, su propio método; algo parecido a la manera como se construye la mujer ideal: los ojos de una, el pelo de otra, la cintura de aquella, los labios de ésta, etc.; partículas de procedimientos de tantos escritores como sea posible encontrar.

Así que, en conversaciones como esta, puedo intercambiar información acerca de la manera real y propia de trabajar, comunicando, de paso, al interesado, un procedimiento para trabajar la creación literaria.

De acuerdo con lo anterior, referiré algunos detalles de cómo se puede enfrentar esta labor; declaración personal, por supuesto, pero cuenta con la esperanza de que algunos de ustedes, en especial quienes están interesados en dedicar tiempo a esta dulce tiranía de la escritura, sientan el apoyo de alguien que intenta manejar la escritura.

.....

Para el escritor la invención, representación, simbolización, reelaboración o recreación de la realidad es la práctica de un oficio, su quehacer, su compromiso con la vida, pues todo cuanto escribe surge de su experiencia; así, trabaja un texto para expresar sus sentimientos, para dar a comprender su visión de las cosas, para mostrar lo que siente y piensa.

.....

Veamos los siguientes aspectos:

En primer lugar, el escritor no separa el trabajo de su vida de su escritura, no disocia los dos aspectos, tiene claro que uno enriquece al otro. Cada uno de nosotros posee la excepcional oportunidad de proyectar un tipo de vida que puede estimular los hábitos de la buena artesanía; de aquí que, si se ha escogido el trabajo literario se ha elegido un tipo de vida, se ha optado por un comportamiento profesional, por el ejercicio ordenado y voluntarioso de la creación. En consecuencia, el escritor forma su propio yo a medida que trabaja para perfeccionarse en su oficio, para forjar un carácter cuyo núcleo es la cualidad del buen artesano. Esto significa que se aprende a usar la propia experiencia de la vida examinándola, interpretándola, reinterpreteándola continuamente, si usamos las herramientas adecuadas.

Cuando uso “tener experiencia” quiero dar a entender, entre otras cosas, que el pasado influye en el presente y lo afecta, el pasado define nuestra capacidad para futuras experiencias, es aquí donde queda clara la acción recíproca entre trabajo y vida. De modo que se capta lo que se experimenta y se selecciona.

En segundo lugar, es importante saber que se siente necesidad de escribir, después de esto viene la creatividad, independiente de si se conocen o no las reglas gramaticales.

En tercer lugar, tener sentido de la autodisciplina. La continuidad de un esfuerzo vale

mucho. No es escribir sólo cuando tengo ganas, cuando tengo tiempo ni los fines de semana. La literatura se hace a costa de sacrificio, sin ignorar que al lado de ésta está lo cotidiano: trabajar para ganar sustento, hacer al amor, arreglar asuntos de la casa, etc.

¿Pero, cómo hacerlo?

Un modo apropiado es organizando archivos, llevando un diario, un cuaderno de notas, una bitácora o como se quiera denominar.

En estos archivos se aglutina la experiencia personal y las actividades de creación; se reúne lo que el escritor hace intelectualmente, lo que experimenta como persona. Estos archivos nos permiten conservar nuestras energías, dosificarlas, nos estimula a captar “ideas marginales” como fragmentos de conversaciones escuchadas por casualidad o por atención primaria en la calle o en otros lugares de socialización; sueños, gestos, actitudes, sonidos, etc., que más adelante se pueden ordenar, sistematizar.

En otras palabras, asumir la posición como trabajador de la palabra, es también una vocación, vocación que acumula materiales en nuestro escritorio, papeles, libros, revistas, diccionarios, enciclopedias, etc., que cubren los más diversos tópicos. Estos documentos sueltos, organizados o semiorganizados constituyen el archivo del escritor; de éste depende su trabajo, a él recurre una y otra vez para resolver dudas, situaciones. El archivo compendia nuestro aprendizaje, nuestros conocimientos

adquiridos, la práctica y la observación de nuestro oficio.

Llevar un archivo o diario nos permite mantener despierto nuestro mundo interior. Toda vez que algún suceso o idea nos impresione fuertemente, no debemos dejarlo escapar; por el contrario, debemos formularlo en nuestro archivo, para luego retomarlo en forma productiva.

El mismo archivo sirve para formarnos el hábito de escribir, si es que no lo tenemos fuertemente arraigado; es, también, una manera de tener la mano diestra, ágil, solvente. Por esto los archivos no sólo compendian el desarrollo intelectual del escritor en relación con la materia, sino que constituyen también el ejercicio callado y cotidiano de la escritura, de la experimentación con el lenguaje; esto implica que, si se asume la responsabilidad de escribir, se debe escribir, sin excepción, por lo menos tres páginas cada día, lo que nos permite tener el “brazo caliente”; una regla de oro es que escribir se aprende escribiendo. Hay que hacerlo así, pues esta habilidad no es muy segura, se corre el riesgo de perderla si no hay ejercicio permanente. El aprendizaje de la escritura nunca debe ser un proceso acabado. Se empieza y toda la vida se aprende; si sabemos cómo escribir nos cerramos posibilidades de desarrollo, de aprendizaje, nos estancamos. Una habilidad adquirida, si se deja de practicar, se deteriora, se agarrota, pierde elasticidad, entonces hay que volver a empezar, y volver a empezar es agotar energía, perder tiempo.

De este trabajo y su constancia se deriva la posibilidad de adquirir un “estilo”, esto es, la singularidad en el manejo del lenguaje: unión de lo elegante con la finura de las ideas y la claridad del pensamiento. La belleza es el principio rector en la búsqueda de resultados importantes en la literatura. La belleza se debe mostrar tal como es, es decir, sin usar un sólo tono o matiz que pueda estropearla, es como si no pudiera mejorarse, esto es lo que busca la

buen literatura. Ya lo dijo Juan Carlos Onetti, las palabras que quedan en un escrito deben ser mejores que el silencio. Esta elegancia, esta poética de lo bello debe venir despojada de arandelas, de hojas de repollo innecesarias, de retórica (el lenguaje engolado) que no es otra cosa que un modo de encubrir la ignorancia, así, pues, huir de escribir con gestos, con poses, con ademanes, con muletillas. En últimas claridad, claridad; lo abstruso finge.

Ahora bien, si todo lo que tiene que ver con los archivos o diarios supone las notas, significa que hay que adquirir el hábito de tomar cuantas notas sean necesarias de los libros que merezcan ser leídos o de eventos que merezcan ser tenidos en cuenta. Esta traducción de la experiencia de otros escritores, o ya de la propia, nos encamina, en la esfera intelectual, a darle forma a la experiencia; y darle forma es una invitación a explicar esa experiencia, es una incitación a reflexionar, a crear, a imaginar. Tomar notas es, desde ya, una inmensa ayuda para comprender lo que se lee o se ve de la cotidianidad. Al leer libros que nos atraen es saludable procurar captar la estructura del razonamiento del autor, el manejo del lenguaje, la riqueza de las imágenes; es decir, escudriñar cuál ha sido la labor artesanal del autor.

El archivo es el campo que abona la experimentación con el lenguaje, además del ejercicio de las voces cuando armamos nuestras historias. Aquí es donde el escritor sondea, silenciosamente, la forma de expresión más adecuada a su tema y con éste los asuntos; donde nuestras ideas, los hechos, las situaciones crecen, sin cesar, de lo vago a lo preciso, desde aquí el escritor parte para la elaboración de sus textos. No se debe ignorar, sin embargo, que la disposición actual del archivo sólo tiene sentido para su autor; para el lector externo su contenido sólo incluye palabras, frases y notas dispersas, carentes de sentido. Debe saberse que al principio se escribe abigarrado, y suele ocurrir que uno se avergüenza de eso que ha escrito,

no importa, se ha ejercitado. Por lo demás, con el tiempo, uno va encontrando las palabras necesarias, la frase limpia, sencilla; tanto que lo complejo ya no se nota.

¿Cómo vienen las ideas? ¿Cómo se espolea la imaginación para reunir todas las imágenes y todos los hechos, para formar imágenes significativas y dar sentido a los hechos, los eventos que deseo narrar? Difícil responder. Lo que se sabe es que sólo cabe hablar de condiciones generales y de algunas técnicas que pueden aumentar la posibilidad de revelar eso que estamos necesitados de sacar a la luz, de revelar las múltiples caras escondidas de la realidad.

La imaginación debe darse desde la capacidad de pasar de una perspectiva a otra y en este tránsito relacionar los componentes del evento, formarnos una opinión adecuada. En esencia esto no es más que una combinación de ideas que, de pronto, nadie espera que puedan combinarse. Detrás de esta combinatoria hay un juego mental y un impulso pugnaz por dar sentido al mundo. Esto implica dejar de lado el temor a crear imágenes o nociones vagas; usándolas es como aparecen, casi siempre, las ideas originales. No tener miedo de imaginar. Todo es verdadero, aunque sea arrebatadamente alucinado, aunque parezca no tener correspondencia con la realidad; es verdad en su sistema, es verdad porque la palabra lo dice. La palabra tiene poder.

¿Cómo estimular la imaginación? En primer lugar reordenando los archivos, esto consigue incitar la imaginación. El repaso nos permite conectar ideas, contenidos donde antes no se habían visto, luego se clasifican de nuevo. Este ejercicio es adecuado hacerlo de una manera descansada, sin olvidar, por supuesto, los diferentes asuntos sobre los cuales se está trabajando activamente.

Otra forma es asumir una actitud lúdica hacia las frases, las palabras con las cuales se definen diversas cuestiones, esto, a menudo, libera la imaginación. Buscar sinónimos de cada una de nuestras palabras claves en diccionarios para conocer toda la extensión de sus acepciones. Esta costumbre nos permite familiarizarnos en el manejo de términos precisos, a definirlos con menos palabrería y con más precisión. Si se conocen los diversos sentidos que pueden darse a las palabras o a las frases podemos seleccionar las exactas con las que deseamos trabajar.

Es bueno emborronar páginas con lo primero que se nos cruce por la cabeza, sin pensar, sin parar, sin corregir lo escrito, siempre hacia delante. Luego se lee todo y se saca lo que tenga sentido: párrafos, frases, ideas, etc.

Otra posibilidad es hacer una clasificación de los datos, esquematizarlos, aunque estos esquemas, en últimas, no se cumplan en el trabajo final, sin embargo nos permite orientarnos de algún modo.

La imaginación debe darse desde la capacidad de pasar de una perspectiva a otra y en este tránsito relacionar los componentes del evento, formarnos una opinión adecuada. En esencia esto no es más que una combinación de ideas que, de pronto, nadie espera que puedan combinarse. Detrás de esta combinatoria hay un juego mental y un impulso pugnaz por dar sentido al mundo.

A menudo se consigue una mayor penetración ideando extremos, pensando en lo opuesto a aquello en que estamos directamente interesados: si se piensa en la desesperación, pensar también la alegría; si se estudia al avaro, se estudia también al pródigo. El ir y venir entre estas dos dimensiones, manejar estas dicotomías, es muy productivo. Puede conseguirse una mayor imaginación invirtiendo deliberadamente el sentido de la proposición. Si una cosa parece diminuta, imaginarla enorme y preguntarnos qué importancia tiene.

No es siempre sentarnos a escribir un cuento, una novela, un poema, etc., cualquier cosa es válida: un artículo, el diario, una carta, describir cosas, recuerdos, escribir pensamientos, sensaciones, tomar notas, etc.

Elaboración o creación a partir de materiales existentes. Aquí entran las lecturas escogidas a lo largo de nuestro trayecto como lectores. Lecturas que nos gustan, que nos indican caminos, que nos dan pautas, sea por su solvencia, sea por su simplicidad estructural o argumentación estética. Estas lecturas nos pueden sugerir un tono, orientar un estilo, al tiempo que nos reflejan mejor el campo de la disciplina que hemos escogido.

En cierto sentido todo escritor lleva en su mente uno o varios libros modelo, cosa que cuando quiere manipular un tema recurre a ellos como guías. La importancia del modelo es que se puede tomar o dejar.

Hay que comprender que toda organización interna del texto debe estar asociada al marco de referencia, a la perspectiva que confiere la vida y al sentido de compilación de los asuntos, las temáticas.

Con lo anterior, lo que quiero significar es que cuando un escritor opta por escribir un libro, generalmente tiene en mente uno o más libros que le gustaría imitar, y, en forma automática, evitar aquellos que le parecen estrechos e infortunados. Unos u otros se convierten en referencias positivas o negativas,

en modelos a seguir o a evitar. Los malos le dirán lo que no debe hacerse y los buenos le indicarán cómo resolver los problemas que parecen insolubles.

Importante; si está escribiendo algo, las lecturas que haga, manéjelas en función de lo que está trabajando, tenga pendiente el tema o asunto que le está ocupando en su trabajo, es decir, lea en función de la temática que desarrolla.

La creatividad del escritor surgirá en todo su esplendor en el momento en que intenta explicar o manejar su universo de historias a partir de los materiales que ha recogido a lo largo de su proceso de aprendizaje.

Conviene tener claras las estructuras temporales, espaciales de la historia, el final; sin embargo, no ignorar que en el transcurso de la escritura esto puede cambiar; en últimas, lo que quiero significar es que es adecuado saber desde dónde y a donde va el proceso.

De otra parte, hacer un buen libro implica que el escritor deba conocer el estado de su disciplina, que ha estudiado su desenvolvimiento y su situación actual; significa que está familiarizado con la literatura del área de la cual se piensa especialista.

El material propio del escritor

En el apartado anterior hemos hablado del material de apoyo del escritor que le permite guiarse en lo que desea hacer, aquí centramos la atención en los materiales escritos por el mismo artista.

Como hemos dicho, los archivos del escritor contienen numerosos apuntes, notas, resúmenes de libros, sobre todo borradores de novelas, cuentos, poemas, etc.; estos pueden dar lugar a un libro importante. Lo fundamental es enlazar las ideas, las fichas, calibrar las significaciones, organizarlas por temas, por asuntos y luego unir todo esto a través de entramados verbales o conectores que hagan fluido el texto.

Cuando escribo ¿qué posición es la que deseo para mí? Esto tiene que ver con el modo de presentar la idea de acuerdo con el autor y con la voz del que habla. Hay dos modos:

- Uno: el escritor es un hombre que puede vociferar, cuchichear o reír entre dientes, pero que siempre está allí, no está ahí, en abstracto. Es claro, también, de qué tipo de hombre se trata: confiado o neurótico, claro o intrincado; es un centro de experiencia y de razonamiento, es decir, aquí se siente lo humano del autor, las voces interiores, las sensibilidades, los gustos, las pasiones, las voluntades.
- Dos: el modo de presentar el trabajo no usa ninguna voz de hombre. Este modo de escribir no es una “voz” en absoluto. Es un sonido autónomo. Es una prosa trabajada por una máquina, una prosa abstrusa, amanerada: no sólo es impersonal sino pretenciosamente impersonal (escritos de boletines de gobierno, cartas de negocio, etc.). Así, toda manera de escribir que no es imaginable como habla humana es una mala manera de escribir.

En la escritura creativa, artística, se requiere alejarse de esta última voz.

¿Para quién estoy tratando de escribir? Se trata aquí de quién va a oír la voz. Es muy importante para un escritor tener en cuenta a qué clase de persona trata de hablar, así como lo que realmente piensa de ellas. Esto implica tomar decisiones acerca de sí mismo y el conocimiento del público lector. Es nuestra pretensión de ser leídos; pero, ¿por quién?

El escritor puede usar las siguientes posibilidades. Según Wright Mill, C., en su libro *La imaginación sociológica*, son:

- a. Si se considera a sí mismo como una voz y supone que habla a un público procurará escribir un texto legible.

- b. Si supone que es una voz, pero no sabe nada del público, lo más seguro es que puede caer en desvaríos ininteligibles.

- c. Si se considera a sí mismo menos una voz que un agente de un sonido impersonal, entonces —si encuentra un público— probablemente actuará como en un culto religioso, en un rito.

- d. Si, conociendo su propia voz, no encuentra un público, sino que habla solitariamente para un registro que no lleva nadie, entonces se está frente a un verdadero fabricante de prosa estandarizada: un sonido autónomo en una gran sala vacía.

Finalmente dos cosas:

Primero; comprender que, en la práctica, uno nunca empieza a trabajar un proyecto, ya está trabajando en él, bien sea en un filón o en los archivos. Si seguimos este modo de vivir y trabajar siempre tendremos muchos temas o asuntos sobre los que podemos seguir elaborando nuestra escritura. Un texto no termina nunca de ser escrito, de ser dicho, de ser leído. Si ocurriera, hace rato la literatura hubiera desaparecido.

Segundo; que la idea de inspiración, aunque se haya creído una regla para la creación, hay que tomarla con beneficio de inventario; más que inspiración lo que tenemos, inicialmente, es una imagen sobre lo que queremos hacer; una vez definida esta imagen los argumentos se dan, viene la construcción. ¿De dónde pueden venir estas imágenes?, pueden llegar del sueño, leyendo otras historias, viendo algo, oliendo algo, escuchando algo, palpando algo.

Y, para concluir, lo que vayas a hacer, hazlo bien, para esto debes corregir el texto cuantas veces sea necesario, sin apresurarte, sosegadamente. **BU**